

lla. — Los maridos son como pueden, pero los amantes han de carecer de defectos.

— Me gustan esos galanes de comedia, siempre usando un lenguaje florido, expertos en materia de expresar los sentimientos elevados, que se desmayan á los piés de una ingrata, toman por testigo el cielo, maldicen la fortuna, tiran de su espada para atravesarse el pecho, y dicen cosas capaces de trasportar en éxtasis á las más frias virtudes; sus palabras me cosquillean agradablemente el corazon, y me parece á veces que es á mí á quien se dirigen. A menudo tambien los rigores de la dama me impacientan, y reprendo en mi interior á la desdeñosa que hace languidecer y secar de tal modo á tan rendido amante.

— Es que la señora tiene sensible el alma, — replicó Juana, — y no le gusta ver sufrir. Por lo que respecta á mí, mi humor es más feroz: me distraeria ver morir de amor á alguien, pero morir de veras. Las palabras, por melosas que sean, no me persuaden.

— Eres positivista, Juana; tienes el alma demasiado materializada. Tú no lees como yo las novelas y las comedias. ¿No me decias poco há que el galan de la compañía era un guapo mozo?

— La señora marquesa puede juzgar por sí misma, — dijo la doncella, de pié cerca de la ventana: — hélo ahí precisamente que atraviesa el patio, sin duda para dirigirse al naranjal, donde levantan el teatro.

La marquesa se acercó á la ventana y vió á Leandro que andaba á pasos contados, con ademan pensativo, como absorbido por profunda pasion. A todo evento, el cómico afectaba esta actitud melancólica de que las mujeres se preocupan, adivinando alguna pena interior necesitada de consuelo. Llegado que hubo debajo de la ventana, Leandro levantó la cabeza con cierto movimiento que dió á sus ojos un brillo particular, y fijó en aquella una mirada intensa, triste y en la que se leia el abandono de la esperanza de con-

seguir un amor imposible, manifestando empero la admiracion más viva y más respetuosa. Al ver á la marquesa, cuya frente se apoyaba en el vidrio, el cómico se quitó el sombrero, barrió el suelo con la pluma de este, é hizo uno de esos saludos profundos como se hacen á las reinas y á las deidades, y que marcan la distancia del Empíreo á la nada. Luego cubrióse con gesto lleno de gracia, y recobró con ademan soberbio su arrogancia de caballero, abjurada un momento á los piés de la beldad. Esto fué hecho tan sincera, formal é irreprochablemente, que un verdadero hombre de mundo, ducho en los usos de la corte, no hubiera aventajado al galan.

Halagada por aquel saludo á la vez discreto y sumiso, en el que tan bien se tributaba á su rango lo que se debia, la marquesa de Bruyeres no pudo ménos de corresponder con una ligera inclinacion de cabeza acompañada de imperceptible sonrisa.

Estas señales favorables no escaparon á Leandro, y su fatuidad natural exageró el alcance de las mismas. No puso un solo momento en duda que la marquesa se habia enamorado de él, y su extravagante imaginacion llenóse de mil novelescas quimeras. Iba por fin á ver cumplido el sueño de toda su vida, esto es tener una aventura amorosa con una verdadera dama de elevada alcurnia, en un castillo casi de príncipes, él, pobre cómico de la legua, lleno de talento sin duda, pero que aun no habia representado delante de la corte. Con la cabeza llena de tales ilusiones, no se sentia bien; su corazon se hinchaba, dilatábase su pecho, y, concluido el ensayo, entró en su cuarto para escribir un billete del más hiperbólico estilo, que contaba con la seguridad de hacer llegar á manos de la marquesa.

Como todos los papeles de la pieza los sabian de coro los actores, *Las bravatas del capitan Matamoros* pudo ponerse en escena tan pronto hubieron llegado los invitados del marqués.

El naranjal, transformado en sala de espectáculos, ofrecia

el más encantador golpe de vista. Grupos de bujías, fijadas en las paredes en palmatorias ó adornos sobrepuestos, esparcían una claridad suave, favorable á las mujeres, sin disminuir el efecto de la escena. Detrás de los espectadores, sobre tabladillos contruidos en forma de gradería, se habían colocado los naranjos, cuyo follaje y fruto, calentados por la tibia atmósfera de la sala, despedían suavísimo aroma, que se mezclaba á los perfumes del musgo, del benjuí, del ámbar y del iris.

En la primera fila, cerca del telon, sentadas en descomunales sillones, radiaban Yolanda de Foix, la duquesa de Montalban, la baronesa de Hagemeau, la marquesa de Bruyeres y otras personas de calidad, con sus tocados de riqueza y elegancia decididas á no dejarse vencer. No se veían más que terciopelos, rasos, brocados de plata y de oro, blondas, guipures, herretes de diamantes, torres de perlas, girándulas, broches de pedrerías que á la luz de las bujías despedían millares de reflejos; no hablamos de las chispas que lanzaban los diamantes de los ojos. En la misma corte no hubiera podido verse reunion más brillante.

Si Yolanda de Foix no se hubiese encontrado allí, muchas diosas mortales habrían hecho vacilar un París encargado de otorgar la manzana de oro, pero su presencia hacia inútil toda lucha. En nada sin embargo se parecía á la indulgente Venus, antes bien á la arisca Diana. La belleza de la jóven castellana era cruel, su gracia implacable, desesperante su perfeccion. Su rostro, prolongado y fino, no parecia modelado en carne, sino esculpido en ágata ú ónix, tan nobles, duras é inmateriales eran sus facciones. Su cuello sutil, flexible como el del cisne, se unia, por medio de virginal línea, á unos hombros todavía un poco delgados y á un pecho juvenil de la blancura de la nieve, que no se movia á los latidos del corazon. Su boca, ondulada como el arco de la diosa cazadora, era burlona aun estando cerrada, y sus azules ojos respiraban una frialdad capaz de desconcer-

tar el aplomo de los más osados. Sin embargo su atractivo era irresistible. Toda su persona, insolentemente deslumbrante, incitaba el deseo á la provocacion del imposible. Ningun hombre habia visto á Yolanda sin enamorarse de ella, pero ser amado de la jóven era una quimera que pocos, muy pocos se permitian acariciar.

¿Cómo iba ataviada? Para decirlo se necesitaria mayor sangre fria que la que poseemos. Sus vestidos flotaban en torno de su cuerpo como una nube luminosa en el centro de la cual aparecia la castellana. Creemos no obstante que entre los rizos de sus rubios y brillantes cabellos, que formaban al rededor de su cabeza como una radiante auréola, se mezclaban algunos racimos de perlas.

Sentados en taburetes y banquillos, detrás de las mujeres, estaban los caballeros y los hidalgos, padres, maridos ó hermanos de aquellas beldades. Los unos se inclinaban graciosamente sobre el respaldo de los sillones, murmurando algun madrigal á un oido indulgente, los otros se abanicaban con el plumero de sus fieltros, ó, de pié, con una mano en la cadera, como haciendo ostencion de su apostura, paseaban por la reunion una mirada satisfecha. Un runrun de conversaciones revoloteaba cual ligera niebla por encima de las cabezas, y ya empezaban los espectadores á impacientarse, cuando resonaron tres golpes dados con toda solemnidad que impusieron pronto silencio.

Las cortinas se separaron lentamente, y dejaron ver una decoracion que representaba una plaza pública, sitio vago, cómodo á las intrigas y á las pependencias de la comedia primitiva. Era una encrucijada, con sus casas de puntiagudos tejados, pisos salientes, pequeñas ventanas con armaduras de plomo, y de cuyas chimeneas se escapaba una espiral de humo en forma de tirabuzon que se iba á reunir con las nubes de un cielo al que un escobazo no habia podido devolver su primitiva limpidez. Una de aquellas casas, la que formaba la esquina de las dos calles que por un esfuerzo desesperado

de perspectiva procuraban perderse en la tela, tenia una puerta y una ventana practicables. Los dos bastidores unidos en su parte superior por una bambalina acá y allá manchada de aceite formando un mapa desconocido de los geógrafos, gozaban de igual ventaja, y, además, uno de ellos tenia un balcon al que podia subirse por medio de una escalera invisible para el espectador, disposicion propicia á las conversaciones, escalamientos y raptos á la española. Como puede ver el lector, el teatro de nuestra compañía estaba, dada la época, bastante ingeniosamente montado. Ciertamente que la pintura de la decoracion hubiera podido parecer un tanto infantil y grosera á los inteligentes. Los tejados llamaban la atencion por la vivacidad de sus tonos rojos, el follage de los árboles plantados delante de las casas era del más puro cardenillo, y las partes azules del cielo ostentaban un color inverosímil; pero el conjunto hacia suficientemente nacer en la mente de los espectadores de buena voluntad la idea de una plaza pública.

Una ringlera de veinte y cuatro velas cuidadosamente despabiladas arrojaba viva luz sobre la decoracion descrita, poco acostumbrada á tales grandezas; haciendo correr entre el auditorio murmullos de satisfaccion el magnífico aspecto que producía la escena.

La pieza comenzaba por un altercado del buen ciudadano Pandolfo con su hija Isabel, quien, bajo el pretexto de estar enamorada de un jóven rubio, se oponia del modo más obstinado del mundo á casar el capitán Matamoros, como se empeñaba su padre, resistencia en la que Zerbina, su doncella, bien pagada por Leandro, la sostenia con todas sus fuerzas. A las injurias que la dirigia Pandolfo, la descarada doncella, pronta siempre á responder, contestaba con cien majaderías, y le aconsejaba que se casase él mismo con Matamoros si tanto le queria. Declaraba despues, que jamás sufriria que su señora fuese mujer de aquel bellaco, de aquel badulaque, de aquel espantajo á propósito para ser colocado en las viñas para ahuyentar los pájaros. Furioso, el buen hombre, que-

riendo hablar á solas con Isabel, impelia á Zerbina para hacerla entrar en la casa; pero la taimada resistia con las espaldas los empujones del viejo, sin moverse del sitio, con una inclinacion de corsé tan elástica, un movimiento de caderas tan gracioso, un temblor de sayas tan coqueton, como mejor no hubiera podido hacer una bailarina consumada. A cada inútil tentativa de Pandolfo, la doncella reia, sin cuidarse de parecer tener la boca grande, mostrando sus treinta y dos perlas de Oriente, más brillantes aun á la luz de las bujías, y capaces de desvanecer las melancolías de Heráclito. Brillo diamantino lucia en sus ojos, realzados por una capa de afeite colocado debajo del párpado. El carmin avivaba sus labios, y los pliegues de flamantes sayas, hechas con el tafetan dado por el marqués, parecian sacudir chispas á cada uno de los nerviosos estremecimientos de la jóven.

Esta escena fué estrepitosamente aplaudida por los espectadores todos, y el señor de Bruyeres se aplaudia tambien á sí mismo por haber puesto sus miras en aquella perla de las doncellas.

Un nuevo personaje entró entonces en escena, mirando á derecha y á izquierda, como si temiese ser sorprendido. Era Leandro, la bestia negra de los padres, de los maridos y de los tutores, el amor de las mujeres, de las jóvenes y de las pupilas, el amante, en una palabra, el en quien se sueña, á quien se espera y á quien se busca; el que debe llenar los deseos del ideal, realizar la ilusion de los poemas, de las comedias y de las novelas, ser la juventud, la pasion, la felicidad; que no debe participar de ninguna de las miserias de la humanidad, ni tener hambre jamás, ni sed, ni calor, ni frio, ni miedo, ni sentir fatiga, ni caer enfermo, y estar siempre presto, de dia como de noche, á exhalar suspiros, á arrullar declaraciones amorosas, á seducir las dueñas, á asalariar las sirvientas, á encaramarse por las escaleras, á desenvainar la espada en caso de rivalidad ó de sorpresa, y eso, recién afeitado, bien rizado, con afectacion en el traje, la mirada fija en

los bastidores, contraída la boca como un héroe de cera! Oficio terrible no recompensado lo bastante con el amor de todas las mujeres.

Al ver á Pandolfo en el sitio donde creia encontrar á Isabel, Leandro se detuvo con actitud estudiada delante del espejo, y que él sabia ser á propósito para poner en relieve las buenas cualidades físicas de su individuo: el cuerpo descansado sobre la pierna izquierda, ligeramente arqueada la derecha, una mano en el pomo de su espada, la otra acariciando la perilla de manera que se viese brillar el famoso solitario, los ojos llenos de fuego y de languidez, y la boca entreabierta á impulsos de ligera sonrisa que dejaba ver el esmalte de sus dientes. Verdaderamente producía efecto: su traje, reparado con eintas nuevas, su camisa de deslumbrante blancura y saliéndole á borbotones entre el jubon y los calzones, sus ajustados zapatos, de altos talones y adornados con ancho lazo, contribuían á darle el aspecto de un perfecto caballero. Así es que obtuvo tan completo triunfo en el ánimo de las damas, que hasta la burlona Yolanda no lo encontró ridículo. Aprovechándose de aquel juego mudo, Leandro lanzó por encima de las tablas su seductora mirada y la descansó en la marquesa con expresion tan apasionada y suplicante, que la dama se ruborizó á pesar suyo; luego el galán la dirigió á Isabel, apagada y distraída, como para marcar bien la diferencia que va del amor real al amor fingido.

Al ver á Leandro, la cólera de Pandolfo llegó á su exasperación. Hizo entrar otra vez en su casa á su hija y á la doncella, pero no tan rápidamente que Zerbina no hubiese tenido tiempo de deslizar en su bolsillo un billete dirigido á Isabel, billete en el cual el galán pedía una cita nocturna. El jóven, solo con el padre, le aseguró con las mejores palabras que sus intenciones eran honradas y no tendían más que á estrechar el más sagrado de los lazos; le dijo que era hombre de título, estimado de los grandes y de algun crédito en la corte, y que nada, ni la misma muerte, podría desviarle de Isabel,

á quien amaba más que á su vida; palabras encantadoras, que la jóven escuchaba con delicia, inclinada en su balcon, y haciendo á Leandro coquetuelos signos de asentimiento. A pesar de la melíflua elocuencia del mozo, Pandolfo, con obstinada y senil infatuacion, juraba por sus dioses que el señor Matamoros seria su yerno, ó que su hija entraria en un convento. Y se fué en busca del tabelión para ultimar el asunto. Léjos ya Pandolfo, conjuró Leandro á la bella, que no se habia movido de la ventana, pues el viejo habia cerrado la puerta á doble vuelta de llave, que consintiese, para evitar tales extremos, á que él la robase y la condujese á una ermita que él sabia, cuyo ermitaño no tenia dificultad en casar á los enamorados contrariados en sus amores por la tiránica voluntad de los padres. Al par que la jóven confesó no ser insensible á la llama de Leandro, respondió modestamente que se debía respeto á los de quienes se recibe la vida, y que el ermitaño en cuestion no poseia quizás todas las cualidades necesarias para casar bien á la gente; pero prometió oponer la más tenaz resistencia y entrar en un convento antes que poner su mano en la zampa de Matamoros.

El amante se retiró para ir á levantar sus baterías con la ayuda de cierto criado, socarron redomado, tan fértil en trapacerías, astucias y estratagemas como Polyen, prometiendo á la señora de sus pensamientos volver por la noche al pié de su balcon para darle cuenta del éxito de su empresa.

Isabel cerró la ventana, y Matamoros, con el ademan de suficiencia que le caracterizaba, hizo su entrada en escena. Su deseada aparicion produjo gran efecto. Aquel tipo predilecto poseia el don de hacer reir aun á los de humor más emperrado.

Aunque nada reclamase una actitud tan furibunda, Matamoros, abriendo las piernas como compás violentado y dando pasos de seis piés, como las palabras de que habla Horacio, llegó delante de las candilejas y se plantó en una actitud arqueada, ultrajante y provocadora, como si hubiese que-